

Desde muy niño, Richard Wagner había tenido contactos con la música. Sus hermanas tocaban el piano y cantaban, su familia frecuentaba la casa del entonces maestro de capilla Karl María von Weber, para quien Richard sentía una «extática simpatía». Alcanzada la edad de doce años, recibió clases de un profesor de piano, pero no siguió estudiando después de haber llegado a tocar para sí la obertura del *Freischütz*. Las audiciones de la Banda Municipal de Dresde le agradaban sobremanera, «sobre todo —dice en *Mi vida*— el tañer de las quintas en los violines» (p. 37) y «el la largamente mantenido del oboe, el cual despierta a los restantes instrumentos igual que una invocación a los espíritus» (p. 37). Hay que entender la palabra «espíritu» en su sentido místico-espectral.

Richard Wagner tenía catorce años cuando descubrió la música de Beethoven, a través de *Fidelio* y de la *Sinfonía n.º 7*. En su fantasía se mezclaban las imágenes de Beethoven y las de Shakespeare: «En sueños extáticos encontraba a los dos, los veía y hablaba con ellos» (p. 38). Conoció también por aquellas fechas el *Requiem* de Mozart, y *Don Giovanni*. Richard Wagner sentía la apremiante necesidad de aprender a componer música, tarea que le costaría más esfuerzos que la de componer versos. Durante el verano de 1829 tomó en secreto clases de Teoría de la Armonía: «La música era para mí por completo algo demoníaco, una mística y sublime monstruosidad» (p. 39). En tal disposición empezó a componer, a los dieciséis años, una sonata, pronto seguida por una pastoral y un cuarteto. En Magdeburgo, donde canta en el teatro su hermana Klara, consigue una copia del cuarteto en mi mayor de Beethoven. En efecto, Richard Wagner rechazaba los aspectos artificiales de los estudios, tanto en las humanidades como en lo referente a la música, y fue un autodidacta muy astuto, puesto que aprendió directamente de sus maestros copiando con devoción las partituras. La *Novena Sinfonía* de Beethoven fue, para Richard Wagner, una obra fundamental en su formación, pues encerraba, según nuestro compositor, «el secreto de todos los secretos» (p. 43) en materia de creación. Además de sus estudios compositivos, estudió violín durante un breve tiempo.

Gracias a las actuaciones de su hermana Rosalie en el Teatro de Leipzig, Richard Wagner sintió renacer la pasión por el teatro que había marcado su infancia en

Dresde. Pronto alcanza un buen conocimiento del repertorio básico, tanto literario como musical. En el teatro fue donde recibió impresiones fortísimas, que culminaron con la actuación de la cantante Wilhelmine Schröder-Devrient en *Fidelio*, acontecimiento recordado por Richard Wagner en los mismos términos de la carta entusiasmada que le escribió a la Schröder-Devrient, a saber que «a partir de hoy mi vida había recibido su significado y que, si ella debía oír pronunciado alguna vez con orgullo mi nombre en el mundo del arte, se acordara de que en esta velada ella había hecho de mí lo que ahora juraba querer llegar a ser». (p. 44). En 1842, cuando recibió a Richard Wagner en su casa, la gran artista recordaba esta carta profética.

Más fuerte que el atractivo de la creación musical pareció resultar el gusto que durante algún tiempo tuvo Richard Wagner por la disoluta vida estudiantil. En 1830, después de participar en unas acciones revolucionarias estudiantiles en Leipzig, pasó a ser estudiante de música en la universidad de esta ciudad, aun sin haber logrado aprobar el bachillerato. Una suerte inexplicable le arrebató la media docena de adversarios provocados por él a duelo. Luego se apasiona por el juego, hasta perder mucho dinero y arriesgar la pensión de viuda de su madre. Aquella noche, lo perdió todo, hasta que, al apostar el último tálero, empezó a ganar, no sólo todo lo perdido, sino también bastante más, y ésa fue la última vez que jugó en su vida.

Esta vida disipada, en verdad pronto abandonada, se reflejó sin embargo en una disparatada obertura que fue ejecutada la tarde de Navidad de 1830 en el teatro de Leipzig y produjo tanta estupefacción al público que no hubo «ningún siseo, ninguna desaprobación, ni siquiera risas» (p. 59). Pero el pobre autor pasó tanta vergüenza que decidió ponerse a estudiar en serio la música. Con su nuevo profesor de música, estudia tan intensamente que, al cabo de dos meses, su maestro le declara que ya no tiene nada más que enseñarle. Durante el año 1832, compone varias oberturas y una sinfonía bien acogidas por el público de Leipzig, viaja a Viena y a Bohemia con un amigo polaco, haciendo tocar con éxito su sinfonía en Praga. Durante ese viaje, concibe la trama de una tragedia con música que luego destruiría ante la desconformidad de su hermana Rosalie. Al año siguiente, compone otro libreto de ópera, «pues yo sentía, dice, que

ningún otro podría hacérmelo» (p. 76), y terminará *Las Hadas* mientras ocupa el puesto de director de coros en el teatro de Wurzburg.

Después de un viaje por Bohemia lleno de palpitantes aventuras, realizado en 1834 con un amigo, Richard Wagner regresa a Leipzig, «y con este retorno se cierra muy precisamente el alegre período juvenil de (su) vida. Si éste no había permanecido jamás libre de serios extravíos y de apasionadas emociones, ahora entró por primera vez en [su] vida la preocupación» (p. 88). Premonitoriamente, había esbozado un nuevo libreto de ópera, *La prohibición de amar*, con que entraba en la edad adulta acompañado por un funesto presagio. Concluyó su exaltada y poética juventud de personaje teatral una mañana de verano de 1834 en Magdeburgo.

La prohibición de amar

Contratado como director de música en el teatro de Magdeburgo, Richard Wagner encuentra allí a la joven actriz Minna Planer con quien entabla una relación de cariño y amistad, pero sin la pasión ni el auténtico fuego del amor. Sin embargo, pronto llegan a ser considerados «como novios oficiales» (p. 97) y Richard Wagner se vio de esta manera comprometido en «una relación vital infinitamente funesta» (p. 96).

Muy mal pagado por el teatro, empezó a contraer deudas, y durante treinta años Richard Wagner tendría que luchar contra las dificultades financieras, pasando por momentos de extrema necesidad, de los que a menudo la milagrosa ayuda desinteresada de algún bienhechor le salvaba sólo por breve tiempo. Pese a las precarias condiciones de subsistencia ofrecidas por el teatro de Magdeburgo, Richard Wagner volvió a su cargo de director de música en él, movido por su interés hacia Minna Planer, y durante la temporada 1835-36 se estrechó el lazo amoroso con ella. Al principio de 1836, Richard Wagner terminó la partitura de *La prohibición de amar*. De ahí en adelante, iba a conocer la desgracia de una existencia llena de problemas económicos, de hostilidades dirigidas hacia su obra y su persona por parte de directores de teatro y de críticos enemigos, en una constante necesidad de cambiar de domicilio y de ciudad, incluso de país, para poder sobrevivir y crear.

Richard Wagner se casó con Minna Planer en noviembre de 1836 en Königsberg. Ella era cuatro años mayor que Richard, y había sido seducida y abandonada a los diecisiete años. Tenía una hija que hacía pasar por su hermana menor y la trajo a vivir consigo cuando estuvo casada. A los pocos meses sin embargo, supuestamente maltratada por Richard Wagner y desprovisto el matrimonio de recursos suficientes, Minna Planer huye a Dresde, donde confía otra vez su hija a su familia y de allí se marcha con un actor, que la abandona al cabo de unos meses. Entonces, confiesa a Richard su adulterio, éste la perdona, y vuelven a reunirse en Riga, donde Wagner es director de música. Con el retorno de Minna vuelven las dificultades financieras a acosar a Richard Wagner, y mientras convivieron nunca alcanzaron una sana situación material, excepto durante los seis años en que Richard Wagner fue maestro de capilla en Dresde (1843-49). Durante aquel periodo se empeñó en editar sus óperas y lo tuvo que hacer a expensas suyas, lo cual puso en peligro permanente su situación económica.

Minna será la compañera de infortunios de Richard Wagner durante más de un cuarto de siglo pese a las violentas disputas con que se desgarraban. Después de un caótico principio de convivencia en Königsberg (1836-37) y Riga (1837-39), en medio de grandes peligros viajaron en barco hasta Londres y París, donde se quedaron a vivir durante tres años en distintos domicilios. Richard Wagner era entonces feliz con el trato de unos pocos amigos, y siempre le hacía ilusión instalarse en un nuevo hogar —aunque sin hijos— porque Minna tenía indudablemente mucho talento para arreglar una casa y ordenar la vida doméstica, y Richard siempre quería pensar —pero equivocadamente— que éste sería el hogar ideal donde conseguiría la paz necesaria a su trabajo compositivo. De 1842 hasta 1849, año de la revolución, vivieron en Dresde. Políticamente comprometido, Richard Wagner tuvo que huir de Alemania y refugiarse en Suiza. A partir de entonces, buscará los medios para separarse de su mujer, pero aún sin conseguirlo hasta 1858, aunque sólo por un tiempo, pues Minna se obstina en reunirse con él cuando puede, y Richard la mandará a vivir sola a Dresde en 1861, donde ella morirá en 1866. Richard Wagner viajó mucho de 1850 en adelante, casi siempre sin su mujer: varias veces a París. A Viena, a Venecia, por toda Suiza, a Rusia (posteriormente) en 1863) y por toda Alemania.

Indudablemente, la autobiografía contiene muchísimos detalles ordenados cronológicamente y que se refieren tanto al génesis de sus óperas como a los múltiples e infinitamente variados acontecimientos de la vida íntima, doméstica y social del autor. Resulta imposible dar razón de tan rico contenido sin operar distintas reducciones —en el sentido musical— y reorganizar temáticamente la información muy desarrollada que nos brinda generosamente Richard Wagner.

La evolución musical de Richard Wagner conoce una primera etapa en el periodo 1834-1839 en que, por un lado, advierte: «Muy pronto logré adquirir una absoluta seguridad en la dirección de orquesta» (p. 94), y por otra parte, «ya en esta época (1834) se formó en mí la opinión de la imposibilidad de producir algo nuevo en el dominio de la sinfonía después del precedente de Beethoven; por el contrario, la ópera, para la cual me sentía interiormente cada vez más carente de auténticos modelos, se me mostraba como una excitante forma artística por la variedad de su configuración.» (p. 93). En Magdeburgo, Richard Wagner se hizo popular por unas oberturas audaces, brillantes y compuestas de prisa, que luego no le servirían de nada, y cosechó éxitos como director de orquesta por sus interpretaciones muy cuidadas y algo novedosas. Pero su trabajo continuo en el teatro le conduce a tomar conciencia (Riga, 1837-39) de «la deprecación de (su) gusto musical (...) en un ambiente teatral más fútil» mientras «tomaba forma en (él) la aspiración a sustraerse a las mezquinas y degradantes condiciones del teatro» (p. 141).

En tales condiciones, se instala en París donde piensa poder ejercer su talento de operista sin más, pero fracasa y debe escribir artículos sobre música, novelas cortas y artículos periodísticos, así como trabajar en la reducción de distintas óperas, para sobrevivir. Después de su etapa parisiense, pasa a Alemania donde otra vez cae en la trampa; se quedó seis años en el cargo de maestro de capilla del Rey de Sajonia, y sólo pudo dedicarse a componer durante los meses de vacaciones. Sin embargo, la época de Dresde le fue provechosa en muchos sentidos, especialmente en la dirección de orquesta, campo que revolucionará totalmente por su estudio en serio de las partituras, la exactitud en marcar los *tempi* y la disposición de los instrumentos. En 1846, dirige la *Novena Sinfonía* de Beethoven, y apunta en *Mi vida* lo siguiente: «No es posible que la obra de un maestro jamás se haya

apoderado del corazón del discípulo con un tal imperio dulcificante, como lo fue el mío desde el primer movimiento de esta sinfonía. Quien, sorprendido, hubiera advertido mis desenfrenados sollozos y llantos ante la partitura abierta, cuando la recorría para considerar cómo interpretarla, seguramente hubiera podido preguntarse lleno de admiración si ésta era la conducta de un maestro de capilla del rey de Sajonia» (p. 305). El resultado no se hizo esperar: «Fue indiscutible que el éxito general sobrepasó todo lo esperado» (p. 308).

Después de su destierro político de Alemania, Richard Wagner volverá periódicamente a la dirección orquestal, siempre con éxitos cuando interpretara obras ajenas. Tal fue el caso en Londres en el año de 1855, en Petersburgo y Moscú en 1863, y también en diversas ocasiones en Suiza. Pero cuando se empeña en presentar su música al público, organizando conciertos a expensas suyas, cosecha pocos éxitos y muchos problemas financieros (París, 1860 — Viena 1863). La única excepción fue en 1853, cuando en Zurich, Richard Wagner organizó un concierto con fragmentos de sus óperas, preparando previamente al público con lecturas poéticas de los libretos, y dispuso de un elenco de solistas e instrumentistas seleccionados por él; pero tal empresa era impensable en otro país que Suiza.

La mayor aventura artístico-social de Richard Wagner fue sin duda la diversa fortuna que tuvieron las representaciones de sus óperas. Relata con muchos pormenores la suerte de cada una, curiosa mezcla de éxitos y fracasos igualmente estrepitosos. *El Holandés errante* tuvo éxito en Berlín a comienzos de 1844, hasta ser «una auténtica victoria» (p. 247) pero Richard Wagner confiesa: «Un acerbo dolor me partió en dos el corazón cuando conocí este indigno tono y esta inquietante desvergüenza de la más rabiosa ignorancia ocupándose por primera vez de mi nombre y mi obra» (p. 248). Casi siempre la crítica será hostil a Richard Wagner, excepto unos pocos hombres inteligentes, como Baudelaire ante *Tannhäuser* en 1861, porque Wagner nunca quiso hacer caso a los críticos: en Viena, desatiende repetidas veces al temido crítico Hanslick que fue entonces su «más sarcástico adversario» (p. 582). Pese a ello, «la representación de *Lohengrin* motivó una de aquellas ardientes aclamaciones continuas, como sólo las he experimentado con el público vienés» (p. 581).